

Reflexiones en torno a la problemática indígena

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

La década del 70 ha significado entre nosotros una tremenda clarificación de la problemática indígena, junto con la puesta en marcha de importantes soluciones para los problemas —aún muy parcialmente considerados— de la población autóctona. Hemos expresado más de una vez —y seguiremos haciéndolo— que ningún capítulo del malestar colectivo será enteramente resuelto en el marco estructural del ordenamiento capitalista transnacional. Así como sería vano esperar el arreglo satisfactorio del problema de la vivienda, la educación o la salud, resultaría igualmente irreal crearnos expectativas definitivas de solución para el malestar colectivo del indio venezolano o de otros países americanos sujetos al mismo sistema. Lo que sí podemos exigir aún en el presente estado de cosas es el derecho del indígena a sobrevivir y crecer biológica y demográficamente, manteniendo al propio tiempo la continuidad histórica de sus modelos societarios. No hay razón alguna para tolerar el genocidio y el etnocidio ni tan siquiera en el seno de un Estado burgués. Es abominable el hecho de que el ser indio siga constituyendo un delito. No existe explicación que valga para mantener posturas de quietismo ante la realidad de persecución, discriminación, superexplotación y marginamiento que pesa sobre el hombre venezolano autóctono en forma aún más drástica que sobre el resto de los venezolanos oprimidos. Como dijera años atrás el antropólogo venezolano Omar González Nández, nuestros mecanismos de colonialismo interno han ido convirtiendo a la población indígena en un sector de marginados dentro de la propia marginalidad, sin siquiera la opción de levantar su voz de protesta. Contra esa situación de iniquidad antihumana dirigimos nuestra lucha y seguros estamos de que la vamos a ganar.

Estos últimos años nos han demostrado que no es utopía irrealizable pelear por los derechos fundamentales del indio, tanto individual como colectivamente considerado. Lograr una acción mancomunada —encabezada naturalmente por los propios indígenas— que sitúe a las naciones aborígenes en una posición de estabilidad mínima que les

permita luchar por la conquista de la plenitud de sus derechos y aspiraciones no es ciertamente una tarea fácil, pero nada indica que sea irrealizable. En efecto se vienen acumulando pruebas en este sentido de un extremo al otro del continente, desde Canadá y Estados Unidos hasta Argentina y Chile, con manifestaciones variadas pero básicamente coincidentes. Está emergiendo una verdad indiscutible: Nuestras etnias indígenas han podido desarrollar —durante quinientos años de destrucción y oprobio— formas de resistencia extremadamente duras e impenetrables, que ningún tipo de violencia institucionalizada sería capaz de corroer en el futuro. El único medio sería tal vez el genocidio masivo y directo, como lo vemos en Brasil y Paraguay, pero tal procedimiento —además de sumamente riesgoso para sus proponentes— solo presenta garantías de éxito relativo frente a las etnias demasiado pequeñas y aisladas como son las del Amazonas. Y aún en tales casos suele haber grandes sorpresas y hasta recuperaciones imprevistas de pueblos enteros que ya se creían definitivamente aniquilados.

Ante esto cabe preguntarnos ¿Cuáles han sido las razones de fondo que han puesto en el tapete —esta vez de manera definitiva e irreversible— la cuestión indígena? ¿Por qué podemos hablar hoy —sin ambagues ni falsos pudores— de una posibilidad muy real de reorganización de las comunidades autóctonas con vistas a su permanencia futura? En el espacio que sigue trataremos de dar respuesta coherente a estas interrogantes.

1. DINAMIZACION CRECIENTE DE LAS NACIONES INDÍGENAS

Durante siglos y siglos hubo grandes demostraciones indígenas de resistencia indígena pasiva y armada. La sola existencia de las etnias es en gran parte un resultado de la negativa de dejarse absorber por las sociedades envolventes. Pero en la primera mitad del siglo XX, en la mayoría de los países americanos —entre ellos Venezuela— la población indígena restante daba signos peligrosos de pasividad, debilidad y agotamiento. Parecía llegada la hora de la liquidación total de las comunidades, ya no solamente por la violencia externa sino por

la inercia misma de los pueblos autóctonos que habían bajado la guardia. Pero entonces, en un momento que era probablemente la última gran oportunidad histórica, empezaron a brotar organizaciones indígenas de corte reivindicativo, surgieron dirigentes políticos con una formación muchas veces occidentalizada, dieron las primera señales de vida las agrupaciones de defensa de las culturas indígenas. En Venezuela, desde los años sesenta cobran fuerza los organismos autogestionarios indígenas —principalmente en la Guajira y en el Territorio Amazonas— de suerte que ya para nuestros días encontramos por dondequiera federaciones y asociaciones indígenas tanto regionales como nacionales, empresas comunitarias e intercomunitarias, movimientos de profesionales y técnicos, organizaciones juveniles y hasta un partido político indígena, que lamentablemente perdió toda factibilidad real al dejarse absorber por maniobras electoreras y otros manejos alienantes. Es de observar, que si bien las organizaciones indígenas actuales son de carácter vanguardista, su vinculación con la base está produciéndose con un ritmo mucho mayor de lo que nosotros mismos creíamos al principio.

2. EL NUEVO COMPROMISO DE LOS ANTROPOLOGOS

Es ampliamente conocido el hecho de que durante toda su existencia como ciencia —y muy particularmente en la primera mitad del siglo XX— la antropología estuvo plenamente al servicio de la expansión colonial europea. Sin entrar a detallar el proceso, en las últimas décadas se produjo una crisis que llegó al punto de poner seriamente en entredicho la existencia futura de esta disciplina. En la actualidad la peor parte de esa crisis parece haberse superado y de ella emerge la nueva antropología crítica que entre otros objetivos pugna por resarcir los daños causados a los pueblos históricamente oprimidos. Hoy existen sectores importantes de antropólogos —tanto en los países europeos como americanos— que se han declarado aliados sinceros e incondicionales tanto de los indígenas americanos como de otras etnias en situación análoga. Es discuti-

ble la sinceridad y el grado de compromiso de muchos de estos profesionales, pero una parte muy importante de ellos se han hecho merecedores del aprecio y de la confianza de los mismos movimientos indígenas de autoafirmación. Estos profesionales —ya no solamente antropólogos sino gentes de las disciplinas más variadas— han contribuido a fomentar corrientes de pensamiento que ya no solamente llegan a una opinión pública considerada en abstracto, sino que pueden influir en niveles muy importantes de decisión tanto políticos como culturales y de otra naturaleza.

3. LUCHA DE LAS MINORIAS ÉNICAS EN TODOS LOS CONTINENTES Y EL TERCERMUNDISMO

Los movimientos de revitalización de los pueblos indígenas americanos



coinciden con el fortalecimiento de la lucha étnica en otros continentes, incluyendo la propia Europa. Nos enteramos diariamente de las múltiples manifestaciones que comporta la dinámica diaria de pueblos como los vascos, los catalanes, los irlandeses, los bretones, los corsos, los frisonos, los lapones y muchos otros. Es el resurgir de formas de convivencia totalmente condenadas por el desarrollismo tecnocrático y transnacional. A nosotros puede sorprendernos la exigencia de oficializar el idioma guajiro a escala regional, bandera de lucha sustentada con gran decisión por esta vigorosa nación indígena. Pero si nos percatamos de que hay en el mundo millares de esfuerzos similares y coincidentes en los mismos objetivos, se nos aclara mucho más el sentido profundo de esta clase de esfuerzos colectivos.

La propia formulación de posiciones tercermundistas nos ilustra la oposición creciente que se viene dando contra la imposición exclusiva de modelos europocéntricos de progreso y desarrollo, contra el chantaje de que la vía hacia el perfeccionamiento humano ya está trazada —firme e irrevocablemente— por la llamada “civilización occidental”, bien sea en sus variantes capitalistas o aun socialistas.

4. PROFUNDIZACIÓN Y DIVULGACIÓN DE LOS ESTUDIOS SOBRE CULTURAS INDÍGENAS

También se viene cobrando conciencia cada vez más clara y precisa sobre el valor real de las culturas indígenas americanas como grandes realizaciones colectivas de pueblos enteros, a través de su historia particular. Ya no solamente los antropólogos y otros especialistas contemplan esta realidad a la luz de esta nueva y más justa valoración, sino que ésta se va haciendo patrimonio común de sectores extensos de opinión pública. Profesionales y estudiantes, trabajadores y educadores, personas de diferentes clases y estratos sociales han vuelto su mirada —en Venezuela y otros países— hacia las manifestaciones y valores culturales del mundo aborigen. Y no como hecho de laboratorio o de museo que solo cabe salvaguardar para la posteridad como recopilación muerta y sin vigencia para el futuro. La tendencia actual es considerar estas culturas —incluyendo por supuesto las lenguas indígenas que las transmiten y expresan— como códigos creativos provistos de una fuerza trascendente que no solamente habrá de permitirles la producción de nuevas realizaciones sino igualmente la fecundación y el enriquecimiento de las culturas nacionales y supranacionales. Esta discusión llegó naturalmente al seno de las propias comunidades indígenas, las cuales se muestran cada día más celosas por conservar y enriquecer su patrimonio cultural auténtico.

No debemos dejar de señalar en este contexto la existencia de cátedras universitarias donde se enseñan lenguas y culturas indígenas, así como la proliferación de eventos y foros en que la temática indígena es fundamental. Hay incluso una diversidad considerable en los tópicos analizados que van desde lo musical y lo literario hasta los aspectos económicos y tecnológicos.

5. MAYOR INTERÉS POR LAS FRONTERAS INTERNAS Y EXTERNAS DEL PAÍS

Durante el transcurso de nuestra vida republicana, hasta llegar a finales

del presente siglo, el Estado venezolano no demostraba mayor preocupación ni por nuestras fronteras internacionales ni por las extensas regiones virtualmente incomunicadas del resto del país. Actualmente sí existe una visión más profunda del problema, pero las soluciones que habitualmente se barajan están marcadas por un tinte desarrollista muy perceptible. Se habla de conquistar y colonizar el Sur, de llevar militares a esas zonas, de programar proyectos agropecuarios y mineros, de fomentar hasta planes de turismo. Nos parece horrenda, entre otras, la idea de llevar a Caracas las aguas del Orinoco. Nuestro temor se acentúa, lógicamente, por la participación de Venezuela en el Pacto Amazónico.

Pese a todo ello, el auge de la política fronteriza ha traído consigo una preocupación mucho mayor por la población indígena asentada precisamente en estas regiones. Quiéranlo o no los sectores oficiales, el indio es el habitante más estable y el defensor nato de nuestras fronteras, salvo la parte correspondiente a la región andina donde no hay comunidades indígenas propiamente dichas. Muchas de las zonas que para un criterio occidental están deshabitadas poseen en realidad una población indígena perfectamente suficiente para el control espacial en términos de las propias culturas autóctonas.

Se han hecho muchos planteamientos sobre la necesidad de preservar la integridad y la supervivencia histórica de estas comunidades en las nuevas condiciones geopolíticas. Antes que nada resulta imperioso exigir la regularización de la tenencia de la tierra en zonas indígenas mediante dotaciones colectivas e inalienables, donde prosiga la modalidad tradicional de agricultura comunal. Las instituciones oficiales han mostrado cierta receptividad hacia estos planteamientos, sin renunciar por ello a sus concepciones desarrollistas y tecnocráticas. Esto nos permite prever que con todas las dificultades que implica el manejo de estas contradicciones, en Venezuela no se dará —probablemente— el despojo violento y el genocidio abierto que han signado la política indigenista del Brasil.

6. AUGE DE LAS IDEAS SOBRE ECO-DESARROLLO Y FORMACIONES MICROSOCIALES

Todo el modelo occidental de crecimiento social y económico ha estado en contradicción expresa con la existencia de pequeñas comunidades orientadas hacia la autogestión y la autosubsistencia. Dentro de esa ideología el progreso

se concibe como fruto de un grado altísimo de centralización, sofisticación tecnológica, concentración de poblaciones, decisiones totalmente verticales e impositivas, creencia en la sabiduría ilimitada de la ciencia y en una supuesta racionalidad mecánica, el control del espacio a partir de ciertos polos de desarrollo estratégicamente situados. Todo el contenido de este modelo se nos presenta como contrario a todo humanismo y orientado hacia lo exclusivamente "funcional".

Tal reduccionismo economicista y tecnoburocrático a ultranza ha terminado por generar una diversidad de formas de resistencia. Como las comunidades indígenas han sido siempre la antítesis de ese sedicente progreso unilineal, predeterminado y mecánico, muchas miradas se volvieron hacia las naciones aborígenes para escudriñar más a fondo su persistencia, equilibrio y estabilidad milenarios. Más que de una idealización de lo específicamente indígena se trata de un replanteamiento muy necesario de la vigencia de la comunidad y de las sociedades pequeñas. Pero hay que tener en cuenta que las etnias indígenas han conservado mucho mejor las características definitorias de una verdadera comunidad autoabastecedora y autorreproductora que cualquiera de las muy conocidas sociedades campesinas de Europa y Asia.

En lo que respecta a lo ecológico, sabido es que en el ámbito amazónico —por ejemplo— la actitud conservadora de las comunidades indígenas que se extiende a todos los recursos naturales renovables es una realidad asombrosa, que ha suscitado la admiración irrestricta de los mejores científicos de Occidente.

Las comunidades autóctonas cuentan a su favor la permanencia de los lazos sociales primarios, una profunda democracia interna, una economía compartida por todos y en beneficio de todos, la unión profunda entre el hombre y la naturaleza y la posesión de un universo existencial armónicamente articulado que liga el futuro con el pasado, lo visible y lo invisible, lo natural y lo sobrenatural.

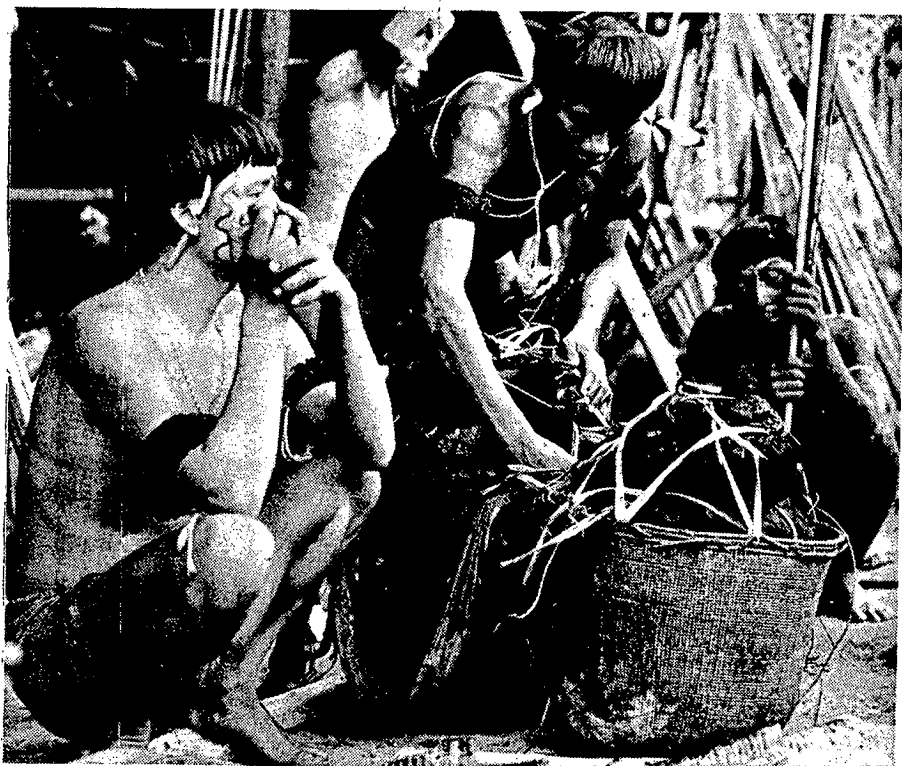
Estos caracteres señalados tienden a sobrevivir aun después de la penetración occidental y la aculturación forzada, aunque su desintegración, debilitamiento y deformaciones sucesivas —que se suelen dar en la mayoría de los casos, si bien no de la manera inexorable como suele creerse— están en la raíz de gran parte de lo que hoy por hoy constituye la esencia de la problemática indígena.

7. LOS POSTULADOS DE IDENTIDAD NACIONAL Y LATINOAMERICANA

Hasta hace muy poco se venía repitiendo alegremente que los latinoamericanos —y los venezolanos en especial— no poseíamos identidad como pueblos ni tampoco culturas distintivas de alguna importancia. Todavía hay posiciones de derecha e izquierda que siguen argumentando en contra de la búsqueda y afianzamiento de nuestra identidad como condición previa a la formulación de proyectos históricos más amplios y ambiciosos. Es prudente acelerar, desde un principio, que lo de la búsqueda ha de tomarse más bien en sentido metafórico, ya que la identidad existe, está allí, y solo falta precisar más sus elementos, sus relaciones constitutivas y sus alcances conceptuales y prácticos.

Dentro de este gran contexto mu-

ción del indio fue definitiva y radical. Pero en la mayoría de los lugares solo desaparece la fachada de la organización indígena y sus símbolos más representativos como la religión, los códigos culturales formales y el lenguaje. Sin embargo, por debajo de estas transformaciones radicales, persisten formas de comportamiento menos conscientes y formalizados, procesos tecnológicos y hechos de cultura material. Evidentemente, la identidad latinoamericana no puede reducirse a lo indígena. Pero este elemento no solo sobrevive en ella en forma muchas veces fuertemente modificada. Constituye también su cimiento, su verdadera base referencial en la historia. De modo que al hablar de identidad, sale siempre a relucir la temática indígena en todas sus vertientes, extendiéndose a todos los confines de lo latinoamericano y de lo



chos postulamos que nuestras sociedades se originan a partir de lo indígena, ya que fue precisamente la población autóctona quien había concretado las primeras formas de organización y convivencia humana en este Continente. Yendo aun más allá, el período de mestizaje no destruyó la delicada secuencia generacional que nos ha llevado, a veces por gradaciones casi insensibles, de lo puramente aborígen y precolombino al estado de cosas actual, que ha sufrido todo el impacto de Europa y Africa y que a grandes rasgos todos conocemos. En algunos puntos geográficos la destruc-

universalmente humano:

8. LA NUEVA ACTITUD MISIONAL

El último punto que queremos tocar en esta enumeración —no exhaustiva— de los factores que más parecen haber contribuido a los planteamientos actuales sobre la realidad indígena es el nuevo papel que están asumiendo diversas iglesias cristianas, comenzando con el propio catolicismo en sus vertientes más progresistas.

Desde luego que aquí no caben generalizaciones de ninguna índole. Las corrientes evangélicas fundamentalistas

sólo han radicalizado su actitud hacia expresiones cada vez más imperialistas y etnocidarias. Para el Instituto Lingüístico de Verano y las Misiones Nuevas Tribus el indio sigue siendo un ser inferior, degradado y enemigo de Dios. No andan con ningunas contemplaciones a la hora de imponer su religión. Para ello implantan el terror psicológico, la manipulación desvergonzada y la prohibición de todos aquellos aspectos de la cultura autóctona que parezcan estar en el más mínimo desacuerdo con los postulados fanáticos de estos destructores de pueblos e identidades. Por estas razones, sumadas a la colonización evidente que su sola presencia significa en lugares estratégicos del país, los antropólogos críticos y otras personas agrupadas en torno al Movimiento por la Identidad Nacional, hemos entablado contra estas organizaciones misionales un combate frontal, definitivo y probablemente exitoso. Al menos así nos lo da a entender la primera serie de resultados a que han llegado las investigaciones oficiales que parten del seno del Poder Legislativo.

Por otra parte el Consejo Mundial de Iglesias y otras denominaciones protestantes moderadas y progresistas han brindado más bien cierto apoyo a las luchas de autodeterminación de los pueblos indígenas, tanto de carácter moral como logístico y financiero.

En la Iglesia Católica subsisten aún sectores recalcitrantes que sustentan la evangelización directa y aculturativa, mientras que en lo político se inscriben en las tendencias más abiertamente integracionistas y asimilacionistas. No les importa mayormente la identidad y la cultura de las naciones autóctonas ni sus reacciones sicosociales frente a los métodos de "Occidentalización" a rajatabla. Estos misioneros de viejo cuño siguen considerando que su cometido es evangelizar, "civilizar" e "incorporar a la nacionalidad" a los pueblos aborígenes visualizados por ellos como bárbaros, prehistóricos, paganos y totalmente ignorantes. No hay por qué recalcar que entre estos sectores tradicionales se encuentran los más fervientes defensores de la Ley de Misiones y otras políticas paternalistas e impositivas.

Frente a esta ala reaccionaria emergen dentro de la Iglesia Católica otras alternativas que aún no han consolidado su búsqueda ni han llegado a metodologías claramente codificadas o codificables. Los de espíritu más abierto reconocen y aprecian en el indio sus valores religiosos, encuentran y reencuentran las más profundas vivencias cristianas en el seno de estas culturas, convi-

ven con el indígena para ayudar y asesorar a sus comunidades expuestas a situaciones difíciles de contacto, penetración y hasta desorganización por parte de la sociedad envolvente. Los jesuitas del Brasil ya no piensan —por ejemplo— en integrar al indígena a la sociedad brasileña capitalista y cultural alienada. Por el contrario, lo orientan para defenderse mejor de los frentes expansivos de las instituciones oficiales y de los colonos particulares de distintos niveles socioeconómicos. Están haciendo una labor meritoria al tratar de reagrupar comunidades ya prácticamente desmanteladas, haciendo uso de la propia organización social y códigos culturales de los indígenas y restableciendo tradiciones milenarias ya casi olvidadas.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Están equivocados aquellos críticos de la antropología contemporánea quienes creen que no existen referentes suficientemente precisos, concretos y detallados para el trazado de nuevos lineamientos de políticas indígenas. Dejando de lado ciertas contingencias de detalle, la gran mayoría de los antropólogos comprometidos comparten irrestrictamente un conjunto fundamental de ideas y definiciones capaces de poner fin a cualquier ambigüedad o malentendido. Nadie cree en museos vivientes ni en sociedades intangibles. Pero sustentamos firmemente el principio de la dignidad y valor intrínseco de todas las culturas humanas, así como su capacidad de transformación, adaptación y hasta perfeccionamiento en presencia de las nuevas condiciones históricas que definen el contexto planetario de la humanidad actual. No existen pueblos primitivos ni inferiores, ya que toda cultura es fruto de procesos de maduración milenarios. Cada forma de convivencia comporta elementos y conexiones de gran complejidad y revela la presencia de facultades creativas de primer orden. Además, cada pueblo del mundo está capacitado para modificar y enriquecer su patrimonio colectivo cuando así lo deseara.

Todo esto nos lleva a la exigencia de autogestión y autodeterminación para las naciones autóctonas. En ningún caso —entiéndasenos bien y no se nos malinterprete— para formar estados dentro del Estado venezolano, sino en el sentido de lograr que los propios indígenas, a través de sus dirigentes naturales, diseñen las políticas que realmente desean ver realizadas y que para ello se comuniquen directamente con los organismos

oficiales y participen en sus decisiones, sin necesidad de intermediarios, sin la presencia sutil o compulsiva de personas o entidades interpuestas.

En modo alguno estamos contra el mestizaje —como algunos falazmente pretenden tergiversar nuestra posición— pero no creemos que la mezcla de razas tenga que conducir inevitablemente a la supresión paulatina de las culturas indígenas. Ni a una europeización total, tal vez teñida de ciertas reminiscencias africanas y americanas autóctonas sin verdadera importancia ni trascendencia. Al hablar de la supervivencia del indio también nos referimos a la perpetuación de sus culturas y creaciones culturales, dentro del amplio espíritu dinámico y de diálogo entre los pueblos que hemos querido transmitir a todos nuestros argumentos.

Respetamos a quienes comparten su vida con el indígena para prestar algún servicio de importancia en el seno de sus comunidades. Pero no es cierto que el papel del antropólogo sea insertarse y convivir indefinidamente en el seno de estas poblaciones. No debe olvidarse que el hombre americano pudo llevar con toda dignidad una existencia colectiva milenaria, y que el llamado problema indígena solo comenzó con la invasión y el despojo que tan elocuentemente denunciara Fray Bartolomé de las Casas.

La antropología crítica es profundamente respetuosa con el pensamiento, la voluntad y las propuestas concretas emanadas de los movimientos indígenas tanto espontáneos como organizados. Cansados ya de tanto saber académico, europocéntrico, alejado de la vida y de nuestra realidad y discriminatorio frente a los pueblos no occidentales, estamos dispuestos y decididos a aprender del indígena. Queremos compartir y discutir con él nuestros conocimientos, buscar y delinear nuevas alternativas de convivencia humana; que lejos de aniquilar las riquezas del pasado acumulado las conviertan en garantías de un progreso humano verdaderamente universal, multidimensional y constructivo.

